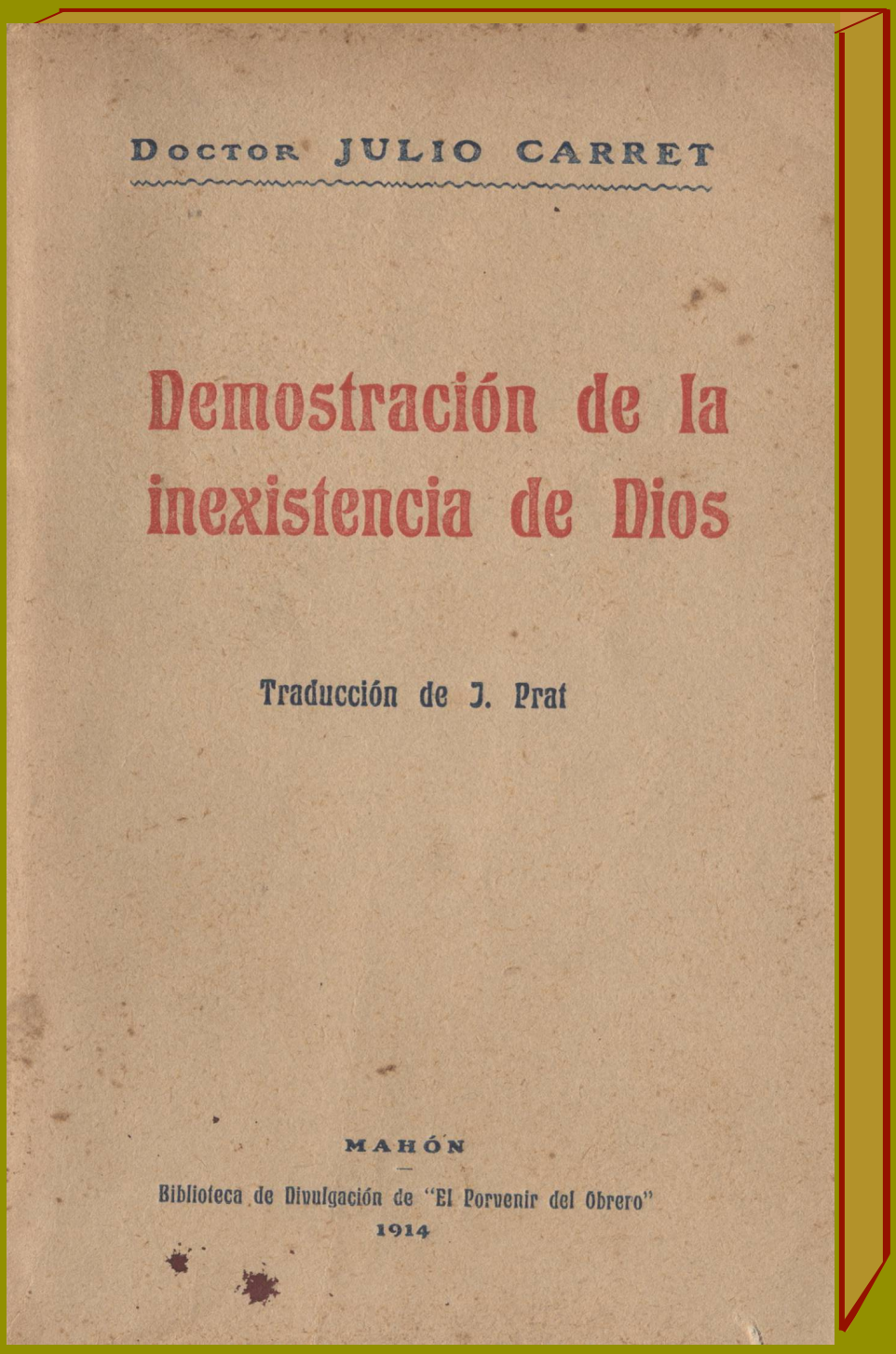
108.- CARRET, Julio; ***Demostración de la inexistencia de Dios***. Mahón, Biblioteca de Divulgación de "El Porvenir del Obrero", 1914, 128 pp.



Es el tercero y último de los títulos de la "Biblioteca de Divulgación", anunciada en un catálogo editorial correspondiente al año 1916[1]. Texto que vendía la Escuela Moderna aunque no formaba parte del contingente de libros y folletos publicados por esta institución.

La propaganda editorial lo promocionaba con estas palabras:

> El autor de este notable libro, para llevar al ánimo del lector el convencimiento absoluto de la inexistencia de Dios, expone de manera clara y concisa seis pruebas rotundas y categóricas.
>
> Es sumamente atractiva su lectura; forma un elegante tomo impreso con tipos claros y elegantes y se vende a una peseta.[2]

El ejemplar que manejamos está publicado en Mahón por la "Biblioteca de Divulgación de El Porvenir del obrero", en el año 1914. Consideramos que se trata de uno de los ejemplares que distribuyó Publicaciones de La Escuela Moderna.

El libro, encuadernado en rústica, tiene una extensión de 130 páginas. Se trata en realidad de la primera parte de la edición original en francés de este título[3]. La supresión de la segunda parte de la obra -en su edición castellana- es justificada por el autor en estos términos:

> En la segunda parte de mi demostración, suprimida en la edición presente, procuro exponer los argumentos elaborados para probar la inexistencia de Dios. Son en extremo numerosos, aunque basados en un pequeño número de ideas; hasta llegar a ser innumerables si se quiere tener en cuenta las pequeñas diferencias que casi siempre separan análogos argumentos. Anoto los principales y demuestro su no validez.[4]

El editor defiende la publicación de esta entrega abreviada, atribuyendo mayor importancia a la primera parte de la obra porque

> la segunda parte es más abstrusa y estaría poco al alcance de los lectores a quienes nos dirigimos.[5]

Después de exponer el plan y el objeto del libro, Carret divide el contenido en dos capítulos y un apéndice:

Capítulo primero:

Seis pruebas de la inexistencia de Dios.

I.- El raciocinio de Epicuro.
II.- Prueba por la multiplicidad de las religiones.
III.- Prueba por la imposibilidad del libre albedrío.
IV.- Prueba por la inmutabilidad del Dios perfecto.
V.- Prueba por la inexistencia del alma.

Capítulo segundo:

Origen de las almas y de los dioses.

Razones probatorias y razones eficaces.
Génesis del alma.

---

[1] FLAMMARION, Camilo: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: Fisilogía de los seres.* Barcelona y Buenos Aires, 1916, vol. XI, catálogo editorial anexo.

[2] Ibídem.

[3] Alphonse Lemerre, éditeur, 23, passage Choisseul, París, 3 fr. 50. [En CARRET, Julio : *Demostración de la inexistencia de Dios.* Biblioteca de Divulgación de "El Porvenir del Obrero", 1914, p. 8].

[4] CARRET, Julio : *Demostración de la inexistencia de Dios.* Biblioteca de Divulgación de "El Porvenir del Obrero", 1914, pp. 7-8.

[5] Ibídem, nota marginal, p. 7.

Génesis de los espíritus y de los dioses.
Sepulturas.
Hipótesis inevitables.
Errores universales

Apéndice:

Nota A.- El transformismo.
Nota B.- La ilusión del libre albedrío.
Nota C.- Injusticias de Dios.

El ateísmo de Julio Carret se formula abiertamente en el comienzo del libro:

> Todos los dioses son falsos y (…) todas las religiones, sin excepción, son erróneas.[6]

Deja de lado el animismo como manifestación religiosa de las civilizaciones atrasadas, justificando este hecho con la expresión "no vale la pena demostrar su inanidad"[7]. También renuncia a examinar el panteísmo, aquí entendido como una

> concepción poco importante, vaga, cambiante, poco comprensible, -transición o divisoria entre el teísmo y el ateísmo-, necesaria a unos cuantos espíritus inhábiles para decidirse.[8]

De modo que la inexistencia que espera acreditar es la del Dios monoteísta de los cultos judío, cristiano y musulmán.

Carret, recurriendo a inferencias deductivas de estructura silogística, supone de inicio hechos que no precisan demostración (axiomas) y emplea términos no siempre definidos. A partir de ellos, aplica el procedimiento de la deducción (derivación de enunciados a partir de otros enunciados) para obtener sus conclusiones.

Expone seis pruebas para negar la existencia de Dios. Brevemente mostramos algunos de sus razonamientos.

La primera prueba es denominada "El raciocinio de Epicuro". Carret lleva a cabo una interpretación personal del pensamiento del filósofo griego haciendo uso de la refutación que Lactancio hizo de aquél alrededor del siglo IV d. C.

Estableciendo la constatación de la existencia del mal en el mundo, el autor plantea este trilema: o Dios es un malvado (porque puede terminar con él y no lo hace), o es impotente (porque no puede suprimirlo) o es ignorante (porque no sabe que existe). Ante la imposibilidad de ninguna de las hipótesis concluye negando su existencia.

Constatando la presencia de alrededor de ochocientas religiones diferentes, formula su segunda prueba: "Prueba de la multiplicidad de las religiones". El formato argumentativo también adopta tres alternativas excluyentes: o Dios es impotente (porque no ha conseguido manifestarse a los hombres con claridad, lo que se demuestra por la infinitud de cultos dispares), o no se preocupa en absoluto de las realidades humanas o, simplemente, no existe. En los tres casos, nuestro autor concluye con el despropósito de los cultos y la falsedad de los dioses.

Para la tercera prueba, "Prueba por la imposibilidad del libre albedrío", razona según el tenor siguiente:

[6] Ibídem, p. 6.
[7] Ibídem, p.5.
[8] Ibídem, p. 6.

> Sin la libertad o el libre albedrío no hay Dios justiciero ni religiones.
>
> Sin embargo, los teólogos hacen intervenir la gracia. La gracia nos inclina a querer de modo diferente de lo que habríamos querido sin ella; viola, pues, nuestro libre albedrío. Indiscutiblemente: si la gracia nos mueve, no tenemos libre albedrío.[9]

En la "Prueba por la incompatibilidad de los atributos de Dios", niega que la divinidad pueda ser considerada como creador, gobernador y justiciero. El discurso se orienta aquí a destacar la incompatibilidad entre los atributos predicados:

> El absurdo de este Dios creador y gobernador que nos castiga por habernos hecho mal conformados y gobernarnos mal.
>
> El Dios creador y gobernador no puede ser justiciero.
>
> El Dios justiciero niega las perfecciones atribuídas a Dios creador y gobernador; sobre todo niega su todopoderío y su infinita sabiduría.[10]

La quinta prueba se denomina "Prueba por la inmutabilidad del Dios perfecto", y el corazón de su argumentación es el siguiente:

> Supongamos que Dios existe. Dios, por definición es un ser perfecto, hasta es "infinitamente perfecto" en todas las maneras. Ahora bien, la perfección no admite ninguna modificación. Por lo tanto, Dios perfecto no puede querer ni obrar.
>
> Es, pues, absurdo pretender que Dios ha creado el universo (…) que gobierna los mundos (…) que nos juzgará (…) porque entonces querría y obraría.[11]

Con la sexta prueba pretende la negación de la existencia del alma. Traza para ello una breve semblanza de esta idea desde el Génesis hasta el siglo XVIII. Concluye que el cerebro es el órgano del pensamiento. Manifiesta la identidad de funcionamiento del cerebro humano y el de los otros mamíferos, estableciendo el criterio diferencial entre ellos en la mayor o menor cantidad de células nerviosas.

Por el carácter erudito de su formulación, no exento de ironía, traemos aquí la teoría atribuida al papa Inocencio XI (1676-1689), en la que se precisa el momento en el que el alma humana toma posesión del cuerpo:

> La Penitenciaría de Roma, bajo los auspicios de Inocencio XI (…) declaró que a los embriones masculinos se les dá el alma a los cuarenta días de su gestación y a los embriones femeninos, menos dignos, a los ochenta días.[12]

El capítulo segundo del libro -Origen de las Almas y de los Dioses- expone la elaboración de la idea de alma a partir de experiencias vitales como la muerte o los sueños, y cómo por su incapacidad para dar explicación a otras vivencias humanas fue desbordada por otras ideas: los espíritus y los dioses.

Además de su ateísmo, el Materialismo caracteriza la posición filosófica desde la que nuestro autor enjuicia el asunto del libro:

---

[9] Ibídem, p. 21.
[10] Ibídem, pp. 32-33.
[11] Ibídem, pp. 41-42.
[12] Ibídem, p. 54.

> Y se esfuerzan en persuadirnos de que nuestro mundo morirá. ¿Qué mundo? Nuestro planeta. Caerá sobre el sol, o se helará, o estallará en fragmentos que se desparramarán por el espacio.
>
> Fácilmente podemos admitir la muerte de nuestro planeta y no admitir el aniquilamiento de toda la materia y de toda la vida. Nuestro planeta no es más que una parte imperceptible del universo. Y sabemos perfectamente que en el universo hay constantemente mundos que nacen y mundos que mueren.[13]

También el Positivismo de adscripción comtiana late en el texto:

> La ciencia aumenta; ella nos emancipará de Dios y de las religiones.
>
> La religiosidad es como una enfermedad de crecimiento (…) Es indicio de la necesidad de explicarse las cosas, es la infancia de la ciencia.[14]

Algunas faltas de ortografía: agena[15], escojer[16], escepciones[17], gerarquizó y gerarquizadas[18] y expontáneas[19].

[13] Ibídem, p. 53.
[14] Ibídem, p. 95.
[15] Ibídem, p. 26
[16] Ibídem, p. 27.
[17] Ibídem, p. 37.
[18] Ibídem, p. 82 y p. 89.
[19] Ibídem, p. 89.